

Alibech o la Nueva Conversa

Giovanni Boccaccio

Vivía en otro tiempo en un pueblo de Berbería un hombre sumamente rico, que tenía, además de otros hijos, una niña joven, linda, muy agradable y mansa como un cordero. Llamábase Alibech, y era la delicia de su familia. No siendo cristiana y oyendo continuamente a los cristianos establecidos en su patria el elogio de nuestra religión, resolvió abrazarla, y se hizo bautizar secretamente por uno de sus más celosos defensores, preguntando después al que la había bautizado cuál era el mejor modo de servir a Dios y alcanzar su santa gracia. Aquel hombre honrado le contestó que cuantos querían con más seguridad ir al cielo, renunciaban a las vanidades y a las grandezas de este mundo y vivían en el retiro y soledad, como los cristianos que se habían retirado a los desiertos de la Tebaida. Y ved a aquella niña, que apenas contaba catorce años, formar el proyecto de dirigirse a la Tebaida. Su imaginación exaltada por el amor divino y por el deseo de servir únicamente a Dios, allanóle todas las dificultades y, sin manifestar a nadie su designio, abandonó un día la casa de sus padres y se pone en marcha, enteramente sola, hacia los desiertos de la Tebaida. Corre como el viento, sólo se detiene para cobrar nuevas fuerzas, y al cabo de pocos días llega a aquellos lugares solitarios, habitados por la devoción y la penitencia. Divisando desde lejos una casita, encamina sus pasos a aquel sitio: era la morada de un santo anacoreta, quien sorprendido al verla le pregunta qué busca. Ella le contesta que, guiada por inspiración divina, había venido a aquel desierto para buscar a alguno que enseñase a servir a Dios y a merecer el cielo. El santo solitario admiró y elogió en gran manera su celo, pero viéndola joven, muy linda, y temiendo que el diablo lo tentara si tomaba a su cuidado instruirle en las obras de la santidad, no creyó prudente tenerla a su lado. "Hija mía, le dijo, hay un santo barón, no lejos de aquí, mucho más en estado de instruirte que yo. Te indicaré dónde vive, para que puedas ir en su busca; mas es preciso que antes comas alguna cosa"; y le trajo hierbas dátiles, manzanas silvestres y agua fresca. Después le indicó la morada del santo solitario, acompañándola hasta la mitad del camino.

El otro ermitaño que efectivamente era hombre instruido y muy piadoso, al verla le hizo la misma pregunta que su hermano; y como el padre rústico (éste era su nombre) no desconfiaba en lo más mínimo de su virtud aunque se encontraba en todo el vigor de la edad, no juzgó a propósito rechazarla de su lado. "Si me causa tentaciones, dijo para sí, las resistiré y mi mérito será mayor ante Dios". Así, pues, hizo que se quedara y empezó a catequizarla, fortificándola, por medio de discursos edificantes, en sus buenos sentimientos. Luego le arregló una cama con hojas de palma, y le dijo que allí se acostaría siempre. Acercábase el momento en que debía naufragar la virtud de ese solitario. Durante la colación, colocado frente a frente de la joven, no pudo menos de admirar la frescura de su cutis, la vivacidad de sus ojos, la dulzura de su fisonomía, y no sé qué de angelical derramado por toda su persona. Al principio bajó la vista, cual si desconfiara de sí mismo; pero algo más fuerte que su voluntad le hizo pasar de nuevo sus ojos sobre Alibech. El

aguijón de la carne empezaba a atormentarlo. Quiere rechazar las tentaciones persigándose y orando en voz baja, pero inútilmente, sólo sirve esto para subyugarlo. No pudiendo ocultarse a sí mismo su derrota, ya no se ocupa de otra cosa que de la manera cómo se conducirá para satisfacer sus apetitos carnales sin herir las preocupaciones de la joven ni hacerle perder la buena idea que tiene formada de su devoción y virtud. Al efecto, le hace varias preguntas y ve por las respuestas que obtiene, que es completamente novicia y no tiene la menor idea del mal.

Convencido de su sencillez, forma entonces el designio de encubrir sus apetitos carnales bajo el manto de la devoción, y de erigir en acto de fervor y piedad la obra por la cual espera satisfacerlos. Empieza por decirle que el diablo es el mayor enemigo de la salvación de los hombres y que la obra más meritoria que pueden hacer los cristianos es meterlo y volverlo a meter en el infierno, lugar que le está destinado. "¿Y cómo se hace esto?, pregunta la joven neófita.— Vas a saberlo luego, hija mía, repuso el padre Rústico; no tienes sino hacer lo que veas que yo haga". Dicho esto, el ermitaño se desnuda y la niña sigue su ejemplo; entonces Rústico se arrodilla y hace poner a la pobre inocente en la misma postura; de esta suerte y agarrados de las manos, pasea su mirada por el cuerpo de alabastro de la doncellita, que se hubiese dicho estaba adorando, y con gran trabajo logra detener los movimientos de su impaciente ardor. Alibech, por su parte, lo contempla, muy sorprendida de aquel modo de servir a Dios, y ve debajo de su abdomen una cosa gruesa que se movía; "¿Qué es esto que veo allí, le pregunta, que se adelanta y se mueve con tanta fuerza, y yo no lo tengo?" —Esto, hija mía es el diablo de que te he hablado. Ya ves cómo me atormenta, cómo se agita; apenas puedo soportar el daño que me hace. —¡Loado sea Dios, repuso ella, por haberme librado de un diablo semejante, ya que tanto os mortifica! —Pero, en cambio tú posees otra cosa que yo no tengo. —¿Y qué es ello? —El infierno, y creo que Dios te ha atraído a mi lado para salvar mi alma; pues si el diablo sigue atormentándome y tú consientes en que lo meta dentro de su infierno, me aliviarás y harás la obra más meritoria para alcanzar el cielo. —Siendo así, mi buen padre, sois dueño de hacer cuanto os acomode. Amo tanto al señor que no pido otra cosa que dejaros meter el diablo en el infierno. —"Está bien; voy a introducirlo para que me deje tranquilo: está persuadida hija mía, que Dios tendrá en cuenta tu complacencia y te bendecirá". En seguida la llevó sobre uno de los lechos y le enseñó la postura que debía tomar para aprisionar al maldito diablo. La joven Alibech, a quien jamás habían metido el diablo en su infierno, sintió un gran dolor al tocarle el del religioso, lo cual hizo que dijera: "Es preciso que el diablo sea bien malo puesto que dentro y todo del infierno hace daño. —Es muy cierto, pero tranquilízate, hija mía, pues no siempre sucederá lo mismo: sólo atormenta el primer día que se mete". —El ermitaño que no sufría ningún dolor, y que en aquellos momentos sin duda, le importaba poco hacer padecer a tan deliciosa criatura, metió seis veces el diablo en la cárcel antes de abandonar el lecho, después de lo cual dejó descansar a Alibech y descansó él mismo.

El solitario era demasiado celoso de su ministerio para cansarse pronto de hacer la

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

